

J. BURRIEZA SÁNCHEZ, *Valladolid, tierras y caminos de jesuitas. Presencia de la Compañía de Jesús en la provincia de Valladolid, 1545 – 1767*. Diputación de Valladolid, Valladolid 2007, 327 pp. ISBN: 978-84-7852-251-4

El historiador Javier Burrieza Sánchez es Profesor de Historia en la Universidad de Valladolid y miembro del Instituto de Historia del CSIC (Madrid). Es sobradamente conocido en los círculos que se acercan a la historia de la Compañía de Jesús. Una de sus últimas y valiosas contribuciones son las casi 200 primeras páginas que forman los cinco primeros capítulos del libro *Los jesuitas en España y en el mundo hispánico* (Teófanos Egido [coord.] Madrid Marcial Pons, 2004, 511 p).

En esta nueva obra que ahora presentamos, Javier Burrieza centra su foco de atención en uno de los centros culturales, económicos, políticos y también jesuíticos de la segunda mitad del *xvi* y hasta bien entrado el *siglo xviii*, la ciudad y la provincia de Valladolid. Bien puede un libro como éste culminar, tal vez, un tema que ha mantenido el interés del autor desde hace ya unos años, con su aportación «Los jesuitas y la Universidad de Valladolid» al *Congreso Internacional 400 años de los jesuitas en Córdoba* (Córdoba 1999) o el más reciente trabajo «La recompensa de la Eternidad. Los fundadores de Colegio de la Compañía de Jesús en el ámbito vallisoletano» (*Revista de Historia Moderna* 2003, 29-56), entre otras. Se justifican las palabras del prologuista del libro: «es un gran especialista de la historia vallisoletana» (prólogo 10).

El libro está presentado en ocho capítulos; más que el riguroso criterio cronológico, el autor ha optado por el geográfico-espacial; así, después de 35 amenas páginas dedicadas a introducir y ambientar al lector en la cultura jesuítica («Los rostros de los jesuitas»), va recorriendo con calma y competencia la Casa Profesa-Colegio de San Ignacio (53-99), el Colegio de San Ambrosio (101-123), el Colegio de Medina del Campo (125-145), Villagarcía de Campos (147-170), los noviciados de Simancas, Medina y de nuevo Villagarcía (171-207), el Colegio de San Albano de los Ingleses (209-259) para terminar la obra con un capítulo dedicado a los Fundadores y su función en el nacimiento y mantenimiento de las nuevas obras.

El primer capítulo introduce al lector en la mentalidad sociológica y teológica del jesuita del *xvi*, sus usos y costumbres, las novedades de esta nueva orden que irrumpe con fuerza en la vida de la Iglesia, el despertar de la vocación y también su «despedida», la formación y los estudios, las virtudes y también la despedida definitiva; la campana, los vestidos, las comidas, las devociones, el andar y el dormir, la organización interna, las lecturas y los trabajos. Páginas que introducen y preparan al lector para una comprensión más adecuada desde los parámetros adecuados de la época de las páginas que siguen.

El capítulo segundo se remonta hasta los primeros pasos de Iñigo de Loyola por Valladolid (verano de 1527) en la residencia de María de Velasco en la calle Ruy Hernández. No sospechaba entonces el inquieto peregrino que 18 años después Pedro Fabro y Antonio Araoz, sacerdotes de la recién aprobada Compañía de Jesús, entraban en Valladolid un 18 de marzo de 1545. Burrieza recorre los problemas de los inicios y las curiosidades más notables como los interesantes párrafos dedicados a «la corte de una princesa jesuita: Juana de Austria» (72ss).

Veintiún páginas son suficientes para abordar la fundación y desarrollo del Colegio de San Ambrosio, «el más cercano, no solamente intelectualmente, sino también físicamente a la Universidad de Valladolid» en el que tuvo especial resonancia la famosa controversia «de auxiliis» que Burrieza nos narra «como si presente nos halláse-

mos» (111-115), al tiempo que nos presenta uno de los jesuitas más célebres de la época, el P. Luis de la Puente.

«Magnas Ignatius urbes [amabat]»; tal vez por eso los Primeros Jesuitas decidieron asentarse también con un importante colegio en la ciudad de Medina del Campo «centro financiero medular de Castilla» (125); fue tempranamente, en 1546, año en el que les ofrecieron una casa para comenzar su proyecto en tan importante lugar; en 1550 entraban los jesuitas descalzos y sin bonete hacia la Plaza Mayor donde empezaron a predicar. Establecido el colegio, no sin pocas dificultades (134) contó en sus aulas con el poeta y místico Juan de Yepes (1559-1563) instruido por el gran pedagogo y humanista Juan Bonifacio. De gran prestigio gozó también el Colegio de Villagarcía de Campos, impulsado y respaldado por doña Magdalena de Ulloa, la «limosnera de Dios», quien no escatimó a la hora de aprobar los planos de Rodrigo Gil de Hontañón para levantar la colegiata en 1572. Baltasar Álvarez, Juan Eusebio Nieremberg o Francisco de Isla son algunos de los nombres irremediamente vinculados a esta fundación de Villagarcía. Destacan, a mi modo de ver, las páginas 153-159 en las que el autor, con motivo de aproximarse un poco a la colegiata de Villagarcía, ofrece una valiosa síntesis del estilo arquitectónico jesuítico, «el modo propio» basado en la funcionalidad, así como los sabrosos párrafos dedicados al P. Isla (164-168) que nos introducen en ese microcosmos tan original como humano que debió de ser su habitación de Villagarcía, compartida con «un gato, una ardilla y un tordo».

Llenas de vida y de anécdotas están también las páginas dedicadas a «la vida en los noviciados de Simancas, Medina y Villagarcía», «el mundo al revés», escuela de virtudes para la asimilación apropiada del carisma. Leer estas páginas es imbuirse en las aulas, los pasillos y las habitaciones de los novicios. Con todo, en este punto el lenguaje de Burrieza se desliza un poco hacia lo «ideológico»(?). La instrucción se convierte en «adocctrinamiento» (199), la penitencia en «tortura» (200) o la devoción en «sacralización» (202). Se insiste demasiado en las prácticas ascéticas ¿no habría al mismo tiempo, tal vez más escondida, algo de vida mística?

Con el capítulo dedicado al Colegio de San Albano de los ingleses (209-259) se entra en la proyección misionera de la provincia de Castilla, colegio que en el siglo XIX tanto llamó la atención del clásico viajero inglés George Borrow, «Don Jorgito el inglés» (209). Desde su fundación en 1589, fue el centro de formación de sacerdotes católicos, «escuela de mártires» (212), sacerdotes que habrían de ser enviados a Inglaterra «con el inmediato peligro de ser apresados y ejecutados». Burrieza saca a la luz mucha información de la vida diaria del colegio y es de agradecer la amplia documentación que ofrece de los archivos del propio colegio (ACSA) (esp. 254-260). En fin, las últimas páginas, dedicadas a los Fundadores («Inversiones para la salvación») describe con realismo las relaciones, en ocasiones nada fáciles, de los Fundadores y bienhechores de los Colegios con las autoridades de la Compañía, tema éste que preocupó e interesó a mismo Ignacio de Loyola, como bien reflejó en sus Constituciones (C 308-315); un capítulo en el que Espiritualidad y política se imbrican y complican irremediamente.

El libro es ameno y de muy agradable lectura. Burrieza ha sabido combinar con gran acierto el rigor de historiador de archivo y biblioteca con la comunicación ágil y despierta sobre temas a veces nada fáciles de abordar. Las páginas han logrado crear atmósfera e invitan a trasladarse a los lugares que van «pintando», ya sean las calles de Valladolid o las ferias de Medina. Para ello se apoya en un abundante aparato crí-

tico fundamentado en las fuentes ya sean las inéditas que ofrecen los Archivos (299-300) ya sean las impresas, entre las que destacan las diferentes series de MHSI (Fabro, Laínez, Ribadeneira, Nadal, las *Eppistolae Mixtae* o las Cartas Cuatrimestrales, entre otras). No menos rigurosa y actualizada es la bibliografía secundaria donde se recogen tanto los clásicos y ya universalmente reconocidos como A. Astráin, M. Bataillon, L. Fernández Martín o M. Revuelta como otros más jóvenes que comienzan a recoger el testigo como F. Palomo o I. Arranz. En un libro como éste, no podía faltar el completo «Índice onomástico» (313-323) que tanto ayuda y facilita la consulta puntual en busca del dato deseado.

En alguna ocasión echamos de menos la referencia bibliográfica completa a pie de página de la información ofrecida en el texto como ocurre con la referencia a Martínez Millán (73), Jesús Granero (198) o J. M. Ruiz Ruiz (214). Asimismo, no queda del todo clara la información que Burrieza ofrece acerca del traslado del Noviciado de Villagarcía, ya en plena época contemporánea, al afirmar que el noviciado permaneció en Villagarcía de Campos «hasta el curso 1970-1971, en que fue trasladado a Zaragoza» (198). Hasta llegar a Zaragoza el noviciado se detuvo en varias estaciones. Desde Villagarcía se trasladó primero a «El Pinar» de Valladolid (1974-1981), después cerca de Simancas, junto a la Escuela de Ingenieros Técnicos I.N.E.A. (1981-1992) y más tarde a un edificio de los terrenos de las Escuelas profesionales “Cristo Rey”, también en Valladolid (1992-2001); allí permaneció hasta junio de 2001, que fue trasladado a Zaragoza. Por fin, desde finales del 2006 y hasta nuestros días, los novicios de toda España residen en San Sebastián. Como pequeña errata cabe señalar el nombre de García Velasco (editor del libro San Ignacio de Loyola y la provincia jesuítica de Castilla, León 1991) que es Juan Ignacio y no José Luis como se indica en 210, n. 2 y en 317.

El libro está muy bien presentado. El prólogo del Prof. Manuel Revuelta (9-11) ya motiva y predispone al lector a acomodar el espíritu, y también el cuerpo, para disfrutar de un buen rato de lectura. La Diputación de Valladolid no ha escatimado en la edición del texto: la calidad del papel, la reproducción de casi 20 láminas estratégicamente insertadas, ya se trate de portadas de libros (*Regulae Societatis Iesu*, 37; *Ratio Studiorum*, 93), de colegios (Medina del Campo, 135; Villagarcía, 157; San Albano 221) o de interiores (colegio de San Ambrosio, 107; Capilla de los novicios de Villagarcía, 179) entre otras son clara muestra de ello. Las láminas y la palabra del historiador van recreando los escenarios, ayudando a «componer el lugar con la vista imaginativa», configurando espacios y paisajes vallisoletanos por los que Burrieza nos va guiando con sabiduría y erudición. No nos sorprende, pues, que el autor haya recibido el Premio de Investigación Provincia de Valladolid 2005. Coincido plenamente con el prologuista en el ánimo que transmite al Prof. Javier Burrieza Sánchez para que «nos siga enriqueciendo con otros libros parecidos a éste».

JOSÉ GARCÍA DE CASTRO, S.J.  
Universidad Pontificia Comillas